

David Jiménez:

“El gran fracaso de la prensa fue convertirse en parte del sistema que debía vigilar”



[FUENTE: El Salto](#)

# David Jiménez: “El gran fracaso de la prensa fue convertirse en parte del sistema que debía vigilar”

10 abril 2019 – José Durán Rodríguez

David Jiménez dirigió *El Mundo* durante 366 portadas, y una más, que no salió porque la plantilla secundó masivamente la huelga contra los despidos en el periódico.

En ese tiempo conoció de cerca la existencia de acuerdos inconfesables entre la prensa y las empresas del Ibex 35, que ahora desvela en un libro, *El director*.



En su primer encuentro con un David Jiménez, recién nombrado director de *El Mundo*, el entonces ministro de Interior, Jorge Fernández Díaz, le hizo una pregunta y le lanzó un aviso. Aquella fue “¿podemos contar con vosotros?”, mientras éste alertaba de que España se enfrentaba a enemigos peligrosos. El político cerró el diálogo con una sentencia: “No son tiempos para la neutralidad”. Era 2015, y faltaban pocos meses para las elecciones generales del 20 de diciembre. El Partido Popular quería amarrar la victoria y revalidar a su candidato, Mariano Rajoy, como inquilino de La Moncloa, pero los continuos escándalos por casos de corrupción, y los sondeos favorables a Podemos eran obstáculos serios. Había que combatir la indecisión del electorado mandando un mensaje claro. “La Razón y ABC no nos preocupan. Ya sabemos que están con nosotros y dirán que todo lo hacemos estupendamente. Pero vosotros podéis decidir las elecciones, ahí están los indecisos, en *El Mundo*”, aseguró el ministro al director del diario. La alusión a la no neutralidad de estos tiempos es algo que Jiménez volvió a escuchar en boca de otros ministros en varias ocasiones.

El párrafo anterior es uno de los pasajes más reveladores que se pueden leer en *El director*, el libro en el que Jiménez airea cuestiones escabrosas relativas al triángulo de amor bizarro entre prensa, poder y capital que marcaron su año al frente de *El Mundo*. La publicación no podría haber encontrado mejor momento, ya que la declaración de Pablo Iglesias en la Audiencia Nacional el 29 de marzo, como perjudicado en el caso Tándem, la causa contra el comisario José Manuel Villarejo, por el robo del teléfono móvil de una persona de su equipo, ha insuflado nuevos bríos al conocimiento de la existencia de una trama que, desde el ministerio encabezado por Fernández Díaz, proveía de información falsa sobre los partidos de la oposición, particularmente de Podemos, que era filtrada por policías a medios que no hacían ascos a su publicación, y le concedían trato preferencial en sus portadas. Jiménez reconoce que escuchó por primera vez el nombre de Villarejo al poco de asumir la dirección del periódico, y que dos de los reporteros le contaron que, desde hacía al menos dos décadas, era “una de las principales fuentes de *El Mundo*, y facilitador de la mayor parte de nuestras exclusivas”.



*El director*, publicado por Libros del K.O., tiene pinta de convertirse en el fenómeno editorial de la temporada. El adelanto, lanzado por *El Confidencial*, y el enganchón entre la periodista Ana Pastor y Pablo

Iglesias en el programa *El Objetivo*, a cuenta de unas presuntas amenazas del partido morado a la prensa, que supuestamente aparecen en sus páginas —ni rastro de ellas, una vez leído— han generado ese salivar ante la aparición de un título prometedor que hará ruido, y que podría acarrear a la editorial una odisea como la que sufrió el año pasado (2018) con el secuestro judicial de *Fariña*, el libro de Nacho Carretero sobre el narcotráfico en Galicia. Porque lo que cuenta, es tremendo y afecta a terminales muy sensibles. Nada novedoso, a qué negarlo, para quien haya trabajado algún tiempo en la redacción de cualquiera de las principales cabeceras de prensa, pero sí muy impactante para el resto, que en sus páginas puede confirmar intuiciones nunca hasta ahora presentadas en público como certezas por alguien que ha ostentado la mayor responsabilidad en una de las grandes fábricas de realidad —de sus marcos, de lo que se puede o no hablar y desde donde— en este país.

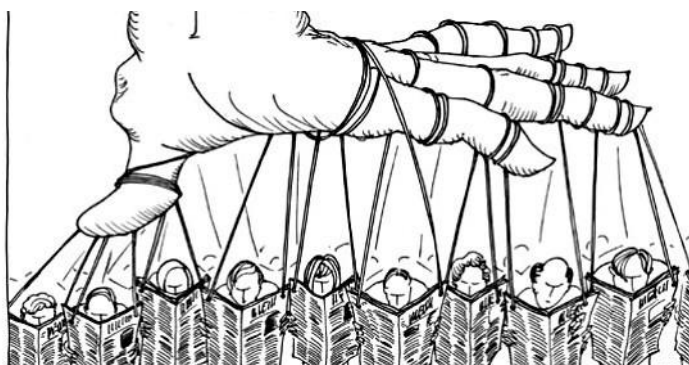
Lo que relata Jiménez resulta obsceno, por impúdico y por ser lo que permanece alejado del proscenio, oculto a la vista del espectador: [la injerencia descarada y sin filtro de grandes empresarios y políticos en el trabajo cotidiano de un director de periódico](#). Las líneas editoriales y la información publicada como resultado de un intercambio de favores en las alturas, y también de un juego de la silla en el que —ay— siempre gana el más poderoso. Quien paga manda, y quien manda quiere mandar más. Por descontado, la denuncia de lo que Jiménez coloca ahora en el escaparate lleva muchos años constituyendo la razón de ser para proyectos comunicativos como *El Salto*, diametralmente opuestos a esos modos de hacer, y por ello condenados a la invisibilidad, la irrelevancia y la subsistencia sin más red que las personas suscritas. Pero esa es otra historia. O la misma, en verdad, aunque contada desde un lugar bien diferente.

A finales de abril de 2015, tras más de quince años como corresponsal en Asia, y otro posterior becado por la Universidad de Harvard, Jiménez aterrizó en la dirección de un periódico herido por varios expedientes de regulación de empleo, con las ventas cayendo en picado y sin la influencia política de la que había presumido bajo la mano de su fundador, Pedro J. Ramírez, fulminado en enero de 2014 por Antonio Fernández-Galiano, presidente de Unidad Editorial, grupo empresarial propietario de *El Mundo*, cuya matriz es el conglomerado italiano RCS Media Group. Un cese que Ramírez achacó a las presiones del Gobierno de Rajoy por la publicación en el diario de las informaciones relativas a los papeles de Bárcenas.

En el hotel Marriott East Side de Nueva York, Fernández-Galiano propuso a Jiménez ser el nuevo director, sustituyendo a Casimiro García Abadillo, quien había sucedido a Ramírez apenas un año antes. Una oferta acompañada de la promesa del apoyo, los medios y el tiempo que la empresa le brindaría para remozar *El Mundo*. Aceptó, se convirtió en el “*más improbable de los directores de periódicos*”, y pronto barruntó que lo que le aguardaba desde ‘La Segunda’, como llama en el libro a la planta directiva de Unidad Editorial; eran recortes presupuestarios, chantajes, y abrazos más falsos que los informes elaborados por la policía política.

Jiménez reconoce que no era la persona más idónea para el cargo —“*nunca había gestionado un equipo y no tenía el número de teléfono de ningún político o empresario del país*”— y no disimula su desdén por los despachos, incluido el de dirección de *El Mundo*, que describe como “*uno de los mayores centros de influencia del país, cortejado por reyes y jueces, ministros y celebridades, escritores y cantantes, caciques y conseguidores*”. Pero en pocos meses se vio compartiendo mesa y mantel en comidas privadas, de tú a tú, con Mariano Rajoy, Florentino Pérez y Felipe VI. Una de las primeras personas en felicitarle por el nombramiento, apenas instalado en el despacho, fue Esther Koplowitz, presidenta de Fomento de Construcciones y Contratas (FCC). La felicitación iba acompañada de una solicitud de reunión.

Lo más valioso de *El director* es que explicita la existencia de una serie de pactos tácitos, no escritos, entre los grupos de comunicación y las grandes empresas por los que [ambas partes ganan y el lector pierde](#). Una suerte de fondo de reptiles de carácter privado. A cambio de una vía de financiación extra, que



podiera ser el flotador al que agarrarse para cuadrar el balance de cuentas anual, las grandes corporaciones se garantizan el silencio de los medios sobre sus malas prácticas, sus desmanes, o aquellas cuestiones que pueden empañar la imagen de sus cargos directivos.

Es un sistema que Jiménez denomina *Los Acuerdos*, por el que Telefónica, el Banco Santander, o El Corte Inglés, por ejemplo, devengan cuantiosos intereses en forma de coberturas amables como contrapartida por inyectar liquidez a las empresas informativas. [Va más allá de los contratos publicitarios puesto que asegura que, en ocasiones, estas 'cadenas de favores' se establecen con empresas que no compran anuncios en los medios.](#) Jiménez ofrece como muestra una reunión con Francisco González, entonces presidente del BBVA, en la que el alto emisario de Unidad Editorial al que acompañaba lloró sobre el hombro del banquero por la dificultad que estaba afrontando el grupo para cerrar el presupuesto. González dijo que lo arreglaría, sin más. Jiménez asegura que el banco, al igual que otras compañías que cotizan en el Ibex 35, dispone de una partida dedicada a “*comprar favores periodísticos, ayudar a crear diarios de periodistas afines, y premiar a los líderes mediáticos que ayudan a mejorar la imagen de su presidente*”.

El episodio de mayor presión que enfrentó Jiménez sucedió por la publicación de una información relativa a la participación de César Alierta, en ese tiempo aún presidente de Telefónica, en un hotel en Berlín que la justicia sospechaba había sido utilizado por Rodrigo Rato para el blanqueo y evasión de capitales. Desde ‘La Segunda’ se hizo todo lo posible para que la noticia no se publicara —desde recurrir al chantaje al director (“*hay decisiones que cuestan puestos de trabajo*”, le dijeron mirando a la redacción), a llamar a la imprenta a sus espaldas para ordenar que pararan máquinas—, sin conseguirlo.

Jiménez también entona un sonoro *mea culpa* por lo que *El Mundo* hizo con Victoria Rosell, jueza que se presentaba en la lista de Podemos a las elecciones generales de diciembre de 2015, que sonaba como titular de la cartera de Justicia, si el partido accedía al poder. Antes de los comicios, el periódico dedicó varias portadas a las supuestas irregularidades cometidas por Rosell, denunciadas por el ministro de Industria José Manuel Soria, quien unos meses después dimitiría tras no dar explicaciones convincentes sobre su participación en empresas familiares que aparecían en los papeles de Panamá. Las publicaciones de *El Mundo* se basaban en las actuaciones del juez Salvador Alba, e ignoraban las llamadas de la jueza en las que explicaba que era víctima de un complot para arruinar su carrera política. Al final del proceso, la querrela contra Rosell quedó archivada, y Alba fue procesado por cinco delitos, entre ellos el de prevaricación judicial.

La trayectoria de Jiménez como director de *El Mundo* concluyó con una demanda contra la empresa por despido improcedente, acogiéndose además a la cláusula de conciencia para los profesionales de la información, garantizada constitucionalmente, y desarrollada en la [Ley Orgánica 2/1997](#), de 19 de junio. Antes de la celebración del juicio, Unidad Editorial y el periodista pactaron un acuerdo de indemnización que incluía una cláusula de confidencialidad que obliga a Jiménez a guardar silencio, pero que también recoge su “*libertad de expresión constitucionalmente reconocida*”. Parece claro que el libro es fruto de esas cinco palabras.

En la redacción de *El Mundo* no ha sentado bien la publicación de *El director*. Tanto entre ‘Los Nobles’ —así se refiere al grupo de periodistas veteranos, con mando en plaza— como en redactores rasos hay resquemor. Se entiende que, en el ajuste de cuentas que realiza, Jiménez no ha escatimado munición contra quienes cumplían sus órdenes, y también que moldea un relato que le presenta como un mártir enfrentado a una causa perdida de antemano, aunque no se ajuste a lo sucedido. “*Hay un claro intento de venganza contra Fernández-Galiano y el director actual, pero por el camino se venga de muchos redactores*”, considera un cargo intermedio de la redacción, quien también opina que [Jiménez vende como algo extraordinario lo que es común a cualquier director de periódico o publicación: las presiones aparejadas a un cargo con esa responsabilidad y sueldo.](#)

Coinciden las fuentes consultadas por *El Salto* en calificar como extravagante y caótico el año que Jiménez dirigió *El Mundo*, y destacan su desconocimiento de rutinas básicas de una redacción, como el horario de las reuniones. ¿Por qué se le eligió como director, entonces? En la Avenida de San Luis existe el convencimiento de que se le nombró porque, por un lado, la empresa creía que podría modernizar el



periódico y, por otro, porque Fernández-Galiano le consideraba fácilmente manipulable: una persona sin contactos en los círculos de poder, que le iba a dejar hacer y deshacer a nivel político.

En opinión de un redactor bregado en varias secciones del periódico, el diagnóstico que Jiménez hace en el libro es completamente acertado —los medios grandes son meriendas de poder en las que la información importa poco si no mueve palancas de poder, olvidándose del lector— pero considera que no es la persona adecuada, ni siquiera para hacer ese diagnóstico: *“Sabía qué era lo que había que arreglar pero no sabía porqué las cosas eran así, porque no lo había conocido. Es como si pones a un frutero a dirigir el periódico. Sabe qué es lo que va a querer leer pero no sabe porqué las cosas son así. De pronto, abre la puerta de la máquina y ve que la máquina funciona así, y flipa. Y eso lo transmite el libro”*.

Otra voz de la redacción lo resume de manera muy descriptiva: *“Fue como poner al frente de Marca a alguien a quien no le gusta el deporte. No era para él”*.

Sí se reconoce, sin embargo, la voluntad de Jiménez de impulsar la edición digital del diario, y también una visión diferente a la de sus predecesores en el cargo, en cuanto al enfoque de los contenidos, como explica otra fuente a *El Salto*: *“La época de Casimiro fue razonable, continuó con lo que hacía Pedro Jota pero menos atado al rollo del poder. David aportó la mirada de alguien a quien no le interesa la política, le daba a los temas con interés humano un vuelo que no se les había dado anteriormente. Y eso es importante porque es lo que te moviliza lectores”*.

En una semana frenética por la llegada de *El director* a librerías, y por los sarpullidos que está provocando, Jiménez encuentra hueco para atender a *El Salto*.



*En su libro ‘El director’, David Jiménez cuenta algunas intrigas que conoció de cerca en ‘El Mundo’.* [David Fernández](#)

***¿Crees que hay alguna posibilidad de revertir ese ecosistema formado por grandes directivos de empresas de comunicación y políticos, en el que los medios son palancas del poder que describes en el libro?***

La relación entre los medios y el poder está contaminada, y no será fácil revertirla. Cuando dejas que algo se pudra durante tanto tiempo, en parte gracias a la ley del silencio que los periodistas hemos impuesto sobre nosotros mismos, no basta con la denuncia. Creo que hay buenos periodistas en este país, y eso no se nos debe olvidar. Pero los problemas sistémicos del oficio los tendrá que arreglar la siguiente generación de periodistas. Por eso el libro está dedicado a “*los futuros periodistas*”: mi esperanza es que renueven la profesión y lideren su regeneración. Pero lo van a tener muy difícil porque han sido condenados a la precariedad, con sueldos míseros y condiciones de trabajo inaceptables. Es muy difícil cambiar las cosas desde esa posición de debilidad.

***¿Hasta qué punto dirías que es una consecuencia inevitable, derivada de que la propiedad de los medios sea de empresas privadas?***

Estoy a favor de que existan medios de propiedad privada. La cuestión es en qué manos, y con qué independencia. No tiene la misma responsabilidad alguien que produce información, que un empresario dedicado a fabricar lavadoras. Si tu lavadora está averiada, la ropa no sale limpia, pero si es el periodismo el que está averiado, entonces hay un impacto negativo en la sociedad.

La salud democrática se resiente, porque uno de los vigilantes del sistema no hace su trabajo. El gran fracaso de la prensa fue convertirse en parte del sistema que debía vigilar.

***¿Pueden ser una solución las cooperativas de propiedad colectiva o la nacionalización de medios?***

La nacionalización de medios privados es una medida propia de dictaduras. Deben existir medios públicos independientes del poder político y privados, con los principios para cumplir su función. **No conozco ningún país donde medios nacionalizados sean independientes. Quizá sí del poder económico, pero pasan a depender del político.**

***El diagnóstico que haces es el hecho previamente por medios que han funcionado desde la independencia más absoluta ('Liberación' de Andrés Sorel, por ejemplo), no solo en su entendimiento teórico sino en su praxis como proyectos de comunicación. ¿Es posible crear y mantener un medio de comunicación que no obedezca a la lógica empresarial?***

**La independencia de un medio solo es posible si depende de sus lectores.** Vuelvo a la lavadora. Es legítimo que uno quiera ganar dinero haciendo periodismo, pero al ser un servicio público, educativo e informativo, ese beneficio no puede estar por encima de la ética que convierte el periodismo en un servicio para la gente. Si quieres ganar dinero, sin tener que hacerte esas preguntas morales ni enfrentarse a la posibilidad de tener que ganar menos a costa de contar la verdad, entonces dedícate a otra cosa.

***Quizá lo más importante del libro es que haces explícita la existencia de lo que denominas 'Los Acuerdos'. ¿A qué obligan 'Los Acuerdos'?***

Son los pactos con los que el Ibex riega de dinero a los medios tradicionales, ofreciendo en publicidad y patrocinios más dinero del que les corresponde por audiencia. Pero esas empresas no son ONG, a cambio de esos favores esperan un trato amable y protección para sus directivos.

***Y en sentido contrario, ¿a qué condenan a los medios que no quieren pasar por ahí?***

Si no participas, tus posibilidades de subsistir son escasas. **Sin apenas modelos de suscripción, la prensa depende de una publicidad institucional y privada que se utiliza para premiar a los amigos y ahogar a los incómodos.** Digamos que el terreno de juego está viciado en favor de quienes aceptan ese trato no escrito por el que determinadas empresas, instituciones o Gobiernos, a nivel local, regional o estatal, utilizan sus recursos para condicionar los contenidos. El poder olió la debilidad de los medios tras la crisis y lo aprovechó.

***¿Un año de director es tiempo suficiente para conocer en profundidad ese entramado y contarlo en un libro?***

Trabajé 20 años para *El Mundo*, aunque solo uno como director. A veces se olvida. Pero sí: un año en esa posición es suficiente para entender cómo funciona el sistema, cuáles son sus vicios y cómo de difícil es romper las ataduras con el poder económico y político. Y te sobran seis meses.

***Hay quien puede pensar que algunas de las cosas que cuentas en el libro las conoce cualquiera que haya trabajado tres meses en un periódico grande. ¿Crees que lo que cuentas es extraordinario, o lo que lo hace extraordinario es que lo cuente una persona que dirigió El Mundo?***

Un amigo periodista me decía el otro día que la crítica más insostenible es la de quienes dicen: “Mira este qué pardillo, sorprendido de que haya presiones”. Prueba hasta qué punto hemos *normalizado* lo que no es normal. Todos los gobiernos presionan y tratan de influir. Las empresas quieren buenas coberturas.

Pero aquí hablamos de periodistas despedidos por órdenes que llegan desde despachos, el dinero de todos utilizado para castigar a los independientes, medios digitales que chantajea a empresas para que paguen dinero a cambio de no hablar mal de ellas, informadores al servicio de las Cloacas del Estado... Nada de eso es normal, y no ocurre en la mayoría de las democracias.

***¿Por qué crees que te eligieron como director si, como reconoces, tu perfil profesional no era el más adecuado para ese cargo?***

Yo sí creo que tenía el perfil adecuado, si el cargo de director de periódico fuera por méritos periodísticos. Había sido corresponsal muchos años, reportero de guerra y jefe de nuestra delegación en Asia. Había trabajado un año en transformación digital en Harvard. Había publicado varios libros, alguno con éxito internacional. En otro ambiente periodístico, donde se midieran los méritos profesionales, no parecía un mal CV.

El problema es que de los directores de la prensa tradicional se espera que sean algo más: “ministro-periodistas”, lo llamo en *El director*. Es casi un cargo político e institucional. ¿Por qué yo? Supongo que pensaron que sería manejable, porque venía sin contactos en España —no tenía el teléfono de un solo político o empresario del país— y porque pensaron que los privilegios del cargo serían lo suficientemente atractivos como para que aceptara compromisos morales. Se equivocaron.

***Hay una cuestión importante relativa a la clase social, que es cuando desvelas una conversación en la que le dices a El Cardenal [así llama a un alto directivo de Unidad Editorial] que quien lee El Mundo no es la élite que dirige la empresa y que, por tanto, no se debe hacer un periódico para satisfacer a esa élite. ¿Cómo se puede enfrentar esa disonancia, y hacer un medio de comunicación que sirva a los intereses del público, de la mayoría social que no pertenece a los privilegiados que poseen los medios de producción, y al tiempo satisfacer las exigencias de esos accionistas e inversores?***

Uno de los problemas de la prensa tradicional en España es que se ha escrito para otros periodistas, políticos y empresarios de un círculo que no es representativo de la sociedad. En el pasaje que mencionas trato de hacer entender eso a un directivo que critica el contenido, como si el diario le tuviera que gustar solo a él. Cuando uno lee *The New York Times*, no siente que esté defendiendo los privilegios de una minoría o la élite, a pesar de ser una empresa que aspira a ser rentable y ganar dinero. No creo que sean incompatibles.

A mí me gustan mucho los medios *non profit* estadounidenses, como ProPublica, que no tienen como objetivo ganar dinero, se financian con donaciones e invierten todo su dinero en periodismo. Creo que habría que replicarlos en España. Pero esos proyectos pueden convivir con medios públicos independientes y privados que tengan como principio el rigor y la búsqueda de la verdad.

***Tras leer el libro, queda flotando un reproche obvio que se te puede hacer: ¿por qué no cambiaste algunas de las cosas que ahora haces públicas?***

Cuando llegué me prometieron tiempo, medios y apoyo de la empresa. Recibí un despido improcedente en un año, recortes durante los meses que estuve en el cargo, y presiones que atentaban contra la independencia del diario. Por supuesto, cometí errores y en el libro quedan reflejados.

Me habría gustado poner en marcha el proyecto que presenté a la empresa, pero no lo permitieron. Nunca sabremos qué habría pasado si hubieran dado una oportunidad a lo que quería hacer. Sigo pensando que en *El Mundo* hay grandes periodistas y pésimos directivos. El día que los segundos desaparezcan de la escena, ese talento servirá para cambiar muchas cosas. Pienso que a mí no me dejaron, pero igualmente legítimo es creer que no pude o no supe hacerlo.

***En el libro asumes tu error en las publicaciones de El Mundo referentes a Victoria Rosell, que quemaron la posibilidad de su entrada en política. ¿No debería haber también la asunción de responsabilidad por parte del medio?***

Durante mi etapa, *El Mundo* publicó una serie de decisiones judiciales del juez Salvador Alba que acusaban a Rosell de graves irregularidades. Ese juez está hoy procesado y todo indica que participó en una conspiración contra la magistrada. Yo opté por creer al juez, y considero que no hice las preguntas suficientes, ni atendí como debía a los argumentos de Rosell cuando me advirtió de que se trataba de una conspiración. Es una autocrítica personal, yo era el director y responsable del contenido del diario. Mía es la responsabilidad de lo que se publicó, no de quienes hoy están al frente del periódico.

No fue el único error, y cometí otros que afectaron a personas de otros partidos. La corrupción del PP ocupó más de 60 portadas y ellos pensaban que era una campaña contra el Gobierno. El periódico publicaba en mi etapa medio millar de noticias diarias entre web y papel. Hicimos un buen trabajo en muchas ocasiones y seguro que pudimos hacerlo mejor en otras.

***¿Por qué los medios grandes quedan impunes cuando se demuestran errores de ese calibre? Si El Salto, por ejemplo, publicase algo de esa naturaleza, la demanda que nos caería obligaría a cerrar, seguramente. No te digo ya cosas como toda la línea que llevó El Mundo en relación al 11M.***

No es verdad que los medios grandes queden impunes. Los diarios nacionales reciben constantes demandas. La mayoría son archivadas porque no se sostienen. Y las que sí, terminan en condenas. No hay ningún gran diario que no haya recibido sentencias desfavorables por informaciones erróneas.

Para mí, lo realmente importante es diferenciar entre el error y la manipulación. No es lo mismo equivocarte en la búsqueda de la verdad que buscar deliberadamente la mentira. Lo segundo, desgraciadamente, se impone en un sector de la prensa.

***En los últimos 30 años, en democracia, hay dos casos paradigmáticos de persecución de medios por parte del poder en España, los de Egin y Egunkaria, con cierres judiciales bajo acusaciones gravísimas que, años después, quedaron en nada tras el proceso judicial. Sobre el cierre de Egin, el entonces presidente del Gobierno, José María Aznar, llegó a alardear de su "atreimiento", atribuyéndose una decisión que aparentemente había sido judicial. ¿Cómo se puede reparar el daño a la libertad de información que causan esos atreimientos?***

No conozco los detalles de esos dos casos, porque se produjeron cuando estaba de corresponsal en el Extremo Oriente. Yo jamás defendería el cierre de un medio de comunicación por parte de un Gobierno, incluso estando en total desacuerdo con sus líneas editoriales. En todo caso, si una información atenta contra leyes o derechos, debe ser la justicia la que decida sobre sus autores y su medio, de acuerdo con la ley.



### **¿Temes la reacción de la empresa?**

Hay dos reacciones previsibles. Una, que me demanden si consideran que tienen algún motivo. Es su derecho. Creo que la editorial les mandaría una nota de agradecimiento y el libro encontraría más lectores todavía. Por mi parte, pondría toda mi determinación en defender mi libertad de expresión, con la seguridad de que ganaría.

La otra opción es una campaña de destrucción de mi reputación. No escribes un libro como éste y recibes ramos de flores. Ha enfadado a gente poderosa y poco acostumbrada a encajar. Pero creo que todo será fútil: el libro ya no está en sus manos o en las mías. Cada lector decidirá por sí mismo si lo que se dice en *El director* es cierto o no. Puedes engañar a un lector en una página, quizá en un capítulo, pero no en 300 páginas. Que decidan ellos sobre la autenticidad de mi relato.